

P. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E

LA MADUREZ AFECTIVA DE JESÚS DE NAZARET

Virtus 6
EDIVE
San Rafael (2010)

INDICE

I. La virilidad de Cristo	6
(1) Conciencia y aceptación de su propia masculinidad.....	6
(2) La conciencia paternal de Jesús	9
(3) El vivir varonil de Jesús	10
(4) La espiritualidad viril de Jesús.....	14
II. Jesús y la mujer.....	19
(1) La mujer y los contemporáneos de Cristo.....	19
(2) Los cambios introducidos por Jesús	21
(3) El equilibrio sorprendente.....	23
(4) La enseñanza del Maestro.....	24
(5) Jesús célibe	26
III. El conocimiento del plan divino sobre la sexualidad	30
IV. El equilibrio virtuoso de la afectividad de Jesús	32
V. Jesús y el amor oblativo de amistad	38
VI. Conclusiones	43

Hoy en día se escucha con bastante frecuencia tachar a muchas personas de “inmadurez afectiva”, sin ofrecerles a las mismas ni un concepto claro, ni un arquetipo que refleje la tan mentada madurez. Entre esto y nada, hay poca diferencia, porque en la educación de la personalidad es esencial la vía de la ejemplaridad y de la imitación. El trabajo psicológico, afectivo y moral es, en gran medida, un proceso imitativo, como el que realizan los niños al observar a sus padres (para bien o para mal). La madurez afectiva no se logra si no se recibe la *inspiración* de un paradigma atractivo, firme y seguro, en el que se aprecie lo que el discípulo aspira a materializar en sí mismo.

Estas páginas responden a la inquietud de quienes desean encontrar un modelo inequívoco de madurez afectiva y psicológica. Considero que Jesús, el divino maestro, también es modelo incomparable en este aspecto tan delicado. Alejandro Roldán, en un viejo y conocido estudio de caracterología, hablaba de la “belleza masculina de Cristo” y del “aspecto varonil y majestuoso del Salvador (...) dosis de masculinidad tan acertada y tan en su punto (...); el hombre perfecto, que posee en su difícil medida y proporción el preciado don de la masculinidad”¹. Indudablemente, Él “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre” y “le descubre

¹ Estas reflexiones las hacía analizando la figura de la Síndone de Turín, suponiendo que ésta sea la impronta del cuerpo crucificado del Salvador (Roldán, Alejandro, SJ, *Introducción a la ascética diferencial*, Madrid (1960), 305-307). Con no menos admiración, se expresaba el gran psiquiatra y estudioso de la tipología humana, Gregorio Marañón: “Esta turbadora imagen no es la efigie solamente de un ser humano excepcional... El estremecimiento que causa su contemplación hace pensar.. que sí, que así debió ser el Dios hecho hombre” (Marañón, Gregorio, Carta privada a la Delegación de *Cultores Sanctae Sindonis*; en: Roldán, *op. cit.*, 304).

la verdad sobre el hombre”², y por eso “quien contempla a Cristo (...) descubre también en Él la *verdad sobre el hombre*”³.

Y para esta tarea, los Evangelios, tan parcos para describir los rasgos físicos de Jesús, nos ofrecen, sin embargo, numerosos trazos psicológicos de su rica personalidad. En tales escritos nos proponemos penetrar para esclarecer, al menos un poco, según la modesta medida de nuestras luces personales, el gigantesco misterio de la afectividad del Maestro.

A lo largo de la vida de Jesús observamos que sus rasgos afectivos siempre guardan una compostura apropiada. La madurez de una persona es una realidad dinámica; puede hablarse de un niño maduro, de un adolescente maduro o de un joven maduro, entendiendo por tales expresiones que una persona ha alcanzado el desarrollo físico, la capacidad de conocimiento, la energía volitiva y el dinamismo afectivo adecuados a su edad. Inmaduro es, en cambio, el adolescente, el joven o el adulto que, *de modo corriente*, razona, juzga, quiere o reacciona como lo haría alguien de edad considerablemente inferior a la suya. En este caso se supone que su desarrollo psíquico ha quedado varado en algún momento.

Sabemos que los cuatro evangelios relatan la vida pública de Cristo, es decir, los tres años finales de su existencia. Si bien sus enemigos atestiguan que “no había llegado a los cincuenta años” (cf. Jn 8, 57), se estima que Jesús murió entre los 30 y los 40 años de edad. Su infancia sólo ha sido relatada por san Lucas; mientras que san Mateo se limitó al episodio de los magos orientales; todos estos pasajes son, por otra parte, densos y sugestivos.

Los rasgos descritos en las páginas evangélicas corresponden a una persona de una madurez por encima de la media. Lo pone en evidencia el episodio de la pérdida de Jesús en Jerusalén y su posterior hallazgo en el Templo (cf. Lc. 2, 42-50). En esa ocasión, su modo de hablar, su agudeza, sus preguntas y contestaciones,

² “El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 22).

³ Juan Pablo II, Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* (2002).

maravillaron a los doctores de la Ley. La respuesta dada a la pregunta de María, su madre (“¿Por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos buscado angustiados”. “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?”), manifiesta una conciencia de la Paternidad divina, de su relación de total pertenencia al Padre, y de su vocación plena y absoluta a las cosas del Padre, que supera no sólo la mente de cualquier niño exquisitamente educado en cuestiones religiosas, sino de muchísimos adultos. Ese Jesús que apenas está pisando el umbral de la adolescencia es ya una persona totalmente compenetrada con su misión y con su relación sobrenatural —filial— con Dios Padre.

Su vida adulta, como tendremos oportunidad de considerar a continuación, es el fruto sazonado de su carácter.

I. La virilidad de Cristo

“El amor es la fuerza fundamental de su ser. Nadie, cuyos ojos vean y cuyo corazón sienta, encontrará en sus expresiones de simpatía secretas tendencias o concupiscencias reprimidas. Son manifestaciones libérrimas de un espíritu transparente y cálido (...) De quien tan poco ha hablado sobre lo sexual, brota un poder de pacificación, purificación y dominio de estas fuerzas como de ningún otro”⁴.

(1) Conciencia y aceptación de su propia masculinidad

Una persona, para ser afectivamente madura, debe ser consciente de que su masculinidad o femineidad es un *don* de Dios, y que a través de esta realidad se expresa la voluntad y misión que el Creador le ha asignado en este mundo. Efectivamente, la vocación y misión de cada persona está estrechamente ligada a su masculinidad o femineidad, puesto que habrá de realizarse o en cierto modo de paternidad o en determinada manera de maternidad, o biológica o espiritual, con su consecuente impronta afectiva, psicológica y espiritual, que son diversas en el hombre y en la mujer.

Pero la madurez en este sentido no se limita a la conciencia de lo que ha sido recibido, sino que incluye la conformidad con el aspecto fisiológico —genitalidad— que expresa la masculinidad o femineidad, exige la aceptación serena del propio sexo biológico y físico, la presencia de vivencias intrapsíquicas acordes, y, finalmente, actitudes y gestos externos consonantes con dicho sexo.

Sobre este aspecto de la personalidad de Jesús de Nazaret no encontramos relatos explícitos en los evangelios. Pero si no encontramos testimonios directos, sí nos ofrecen alusiones indirectas.

Una muy importante es la ausencia, en Jesús, de *conflictos psíquicos*. Una larga lista de escritos y filmes de las últimas cuatro o cinco décadas han intentado imponer la imagen de un Jesús

⁴ Bichlmair, *Jesús el Varón ideal*, Buenos Aires (1951), 119-120.

atravesado de luchas interiores, de dudas sobre su propia personalidad, de confusiones en torno a su misión, y con una profunda desavenencia con la voluntad de Dios Padre. Incluso se llega a afirmar que es Judas y no Jesús quien ve las cosas con cordura y profundidad: “Judas (...) mantenía clavados desde hacía un buen rato sus ojos azules y duros en Jesús. Había adivinado el conflicto que se desencadenaba en el alma del maestro y sabía hasta qué punto el amor podía paralizar sus fuerzas. Por algunos segundos las dos miradas se encontraron y lucharon. Una era severa e implacable y la otra [la de Jesús] implorante y desolada”⁵.

La historia demuestra que de Cristo se ha dicho cualquier cosa; o mejor, que se pueden construir cuantos “Jesuses” nos sugiera una febril imaginación. Que estas proyecciones respondan a la verdad histórica de Jesús de Nazaret, ya es otra cosa. De todas estos montajes fantasiosos se puede decir lo que Benedicto XVI: “quien lee una tras otra algunas de estas reconstrucciones puede comprobar enseguida que son más una fotografía de sus autores y de sus propios ideales [o tormentos, *podríamos añadir*] que un poner al descubierto un icono que se había desdibujado”⁶. Y vale aquí el principio sentado por el mismo autor: “la interpretación de la Biblia puede convertirse, de hecho, en un instrumento del Anticristo”⁷.

Los Evangelios y los escritos apostólicos de la primera hora dicen otra cosa de Nuestro Señor. Nos lo muestran con una emotividad normal, pacífica y serena. Y esto es suficiente indicio de su clara identidad afectiva y sexual. En efecto, los varones que se reconocen varones y las mujeres que se aceptan como mujeres, no aluden a este tema porque no lo necesitan. Nadie comenta que tiene sólo una cabeza o dos pulmones, porque no se habla de lo que se supone conocido y convencional; o, si se quiere, normal. Lo hacen, en cambio, quienes tienen dudas de sí mismos y los que están descontentos consigo mismos. Es cuando se sufren conflictos interiores, ansiedades o perplejidades, que se insinúan los temas

⁵ Kazantzakis, Nikos, *La última tentación* (1995). Esta novela falsa y blasfema fue llevada al cine por Martin Scorsese con el mismo título en 1988.

⁶ Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, Buenos Aires (2007), 8.

⁷ *Ibidem*, 60.

angustiantes, ya sea con preguntas indirectas, o con quejas, o con insinuaciones expectantes.

En cambio, los gestos y actitudes de Jesús expresan una experiencia serena y madura de su propia masculinidad. Él piensa como varón, actúa como varón, tiene gestos de varón y desenvuelve actitudes de varón. En muchos casos, quizá, no se trata de acciones exclusivas del varón, pero sí de obras que el varón hace con una tonalidad diversa de la mujer.

Destaquemos, por ejemplo, su modo de ser providente en el episodio de la multiplicación de los panes (Jn 6); su hombría sin alardes ni histerismos durante la altísima tensión alcanzada en su arresto en el huerto de los Olivos, donde contrasta su serenidad y señorío sobre el fondo agitado de la reacción de Pedro (que saca su espada y hiere a uno de los captores), de la fuga de los otros discípulos, y del nerviosismo de sus enemigos que lo enfrentan apoyados en el número o caen de rodillas al escuchar su voz (Jn 18). También podemos recordar sus decididas respuestas a las capciosas preguntas de Anás, Caifás y Pilatos. Jamás se observa en Cristo, ni siquiera durante su pasión, pérdida del templo, titubeo, convulsión, tendencia al histerismo, ni ninguna de las otras turbaciones que caracterizan, a menudo, a las personas poco viriles, a los pusilánimes y a los afectivamente vacilantes.

En la psicología de Jesucristo, tal como aparece en los Evangelios, no existe ningún sentimiento de inferioridad y ni malsana timidez. Por eso no hay fundamento para achacarle ningún desorden afectivo-sexual que se relacione estrechamente con este tipo de problemas, como, por ejemplo, turbación por deformidades físicas, temor de ser raro, vergüenza sexual o miedo a las personas del sexo opuesto. Jesús no presenta ninguno de los rasgos del hombre obsesionado (ni siquiera preocupado) por su inferioridad sexual, como ocurre con el que huye de las mujeres o el que se siente atraído o turbado por personas de su mismo sexo⁸. Tampoco encontramos en Él una característica que Marañón atribuye a algunos caracteres con

⁸ Cf. Marañón, *Ensayo biológico sobre Enrique IV y su tiempo*, en: *Obras Completas*, Madrid (1970), tomo V, 110.

sentimientos de inferioridad (especialmente los que se dan en el terreno sexual): el exhibicionismo⁹. Según el célebre galeno, el espíritu humano propende a hacer creer a los demás que posee aquellas cualidades de las que teme carecer. Por eso muchos hombres de insegura virilidad necesitan proclamar su hombría a los demás, y sobre todo a sí mismos, por medio de bravuconadas o de alardes de donjuanismo¹⁰. De ahí que a menudo podamos reconstruir la verdadera personalidad de algunos descartando aquello de que hacen ostentación y gala: si necesitan pregonar su audacia con derroches de brutalidad o a los gritos es porque temen ser cobardes y *que se les note*; si precisan hacer sentir su masculinidad es porque recelan de ella y *temen que los demás los juzguen afeminados*.

La total ausencia de exhibicionismo de parte de Jesús (hombre, por otro lado, de intensísima vida pública) se pone de manifiesto en su profunda humildad, su desdén por las exaltaciones populares (huye cuando intentan hacerlo rey: Jn 6, 15) y su rechazo del triunfo fácil y vistoso (como el que le ofrece Satanás invitándolo a mostrar su mesianismo a través de milagros inútiles: Mt 4, 5-6). Jesús sólo aceptará la aclamación triunfal cuando ésta sea el preludio de su postración y muerte (Mt 21, 1-11).

(2) La conciencia paternal de Jesús

La afectividad plenamente viril de Cristo se expresa de modo particular en su actitud paternal.

Jesús tiene conciencia de ser personalmente distinto del Padre: “el Padre, que me ha enviado” (Jn 5, 37). Él es la segunda persona de la Santísima Trinidad, distinta de la primera, el Padre, y de la tercera, el

⁹ Cf. *Ibidem*, 135.

¹⁰ Sobre esto véase, por ejemplo, del mismo Marañón, *Don Juan*, Madrid (1946).

Espíritu Santo. Expresiones como: “el Padre y yo”¹¹, “a Mí y a mi Padre”¹², no dejan lugar a dudas sobre esta certeza.

Pero, al mismo tiempo, se sabe “uno con el Padre” por comunicar en la misma naturaleza divina: “el Padre y Yo somos uno” (Jn 10, 30); “Yo estoy en mi Padre” (Jn 14, 20). Decimos en el Credo: “consustancial al Padre”.

Por este motivo, sin dejar de ser una persona distinta del Padre, Él es también el rostro del Padre: “Felipe, quien me ha visto a Mí, ha visto al Padre” (Jn 14, 9). Y por ser reflejo del Padre, Jesús actúa como padre con actitudes y virtudes paternas hacia los hombres: es providente, defensor, bienhechor, sostén, garante y amparo. Él es quien resuelve el hambre de sus seguidores (Jn 6), quien dispone el descanso de los suyos (Mc 6, 31), quien los defiende aún a costa de la propia vida: “si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos” (Jn 18, 8). En suma, destaca su claro sentido de la responsabilidad: “Así se cumpliría lo que había dicho: «De los que me has dado, no he perdido a ninguno»” (Jn 18, 9).

(3) El vivir varonil de Jesús

Jesús tiene una resistencia y un aguante marcadamente viril. El desgaste que debe haberle impuesto el tenor de vida durante los pocos años de actividad pública manifiestan una complexión física magnífica. Y como ordinariamente (aunque haya excepciones) el desarrollo en las distintas esferas de la personalidad es armónico, podemos suponer un correlativo desarrollo en los demás órdenes. En la expresión con que san Lucas describe al adolescente Jesús: “progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres” (Lc 2, 52), ve Roldán la perfecta correspondencia entre el desarrollo somático (estatura), psíquico (sabiduría) y hagiotípico (gracia). Y explica: “[es] como si [el Evangelio] nos quisiera decir que la expansión dinámica de los ‘componentes’ corporales,

¹¹ “Mi Padre me conoce y Yo conozco al Padre” (Jn 10, 15); “A quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos” (Mt 10, 33); “Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo” (Jn 5, 17); “Yo he venido en nombre de mi Padre” (Jn 5, 43).

¹² “No me conocéis ni a mí ni a mi Padre” (Jn 8, 19).

anímicos y hagiotípicos en Jesucristo fue paralela, sin ninguna desviación o desplazamiento”¹³.

Algunos datos evangélicos confirman la óptima estructura biofísica de Jesús, su naturaleza fuerte y robusta.

Es capaz de prolongados ayunos como el que precede el comienzo de su vida apostólica, de cuarenta días y cuarenta noches (Mt 4).

Se levanta muy de mañana (Lc 6, 13); pasa los días en frecuentes periplos apostólicos (Mt 15, 21), al parecer con escasas provisiones, ya que así lo recomendó a sus discípulos al enviarlos al apostolado (Lc 9, 3) y lo evidencia el hambre y la sed que solía apretarlo: “Fatigado del camino se sentó junto a un pozo” (Jn 4, 6). Sus evangelistas notan que a veces le faltaba hasta el tiempo necesario para comer (Mc 3, 20; 6, 31). Y como remate, a menudo dedicaba las noches enteras, o gran parte de ellas, a la oración (Lc 6, 12), incluso cuando el trabajo del día había sido agotador (Mc 6, 46).

También debemos suponer, con todo derecho, que el mucho hablar lo fatigaría en extremo, pues normalmente predicaba al aire libre, ante grandes muchedumbres y bajo el ardiente sol de Palestina.

No debe extrañarnos, pues, que muchos no pudieran seguirle el ritmo, como parece advertirlo al escriba que acercándose a Él le dijo: “Maestro, te seguiré a donde quiera que vayas”, a lo que Él replicó: “Las zorras tienen sus madrigueras y las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza” (Mt 8, 19-20). Al parecer esto sólo bastó para disuadir a su superficial admirador, a quien no volvemos a encontrar en los relatos evangélicos.

Es muy probable que pernoctase, durante sus viajes, en los incómodos e inhospitalarios alojamientos públicos (*posadas* semejantes a aquélla en la que no hicieron lugar para su madre al tiempo de su alumbramiento) o bien pasase las noches al raso. De aquí le vendría esa facilidad que vemos en él para el sueño sereno y profundo, como el de los niños, capaz no perturbarse en medio de una tormenta como la del lago de Genesaret, en la cual, mientras las

¹³ Roldán, A., *op. cit.*, 298-299.

olas amenazaban hundir la barca, “Él estaba en la popa sobre el cabezal, durmiendo” (Lc 4,38).

La vida al aire libre parece haberle gustado mucho, como lo demuestran las innumerables alusiones al campo y a las costumbres agrícolas y ganaderas que encontramos en sus parábolas. Eran las soledades —el desierto, la cumbre de los montes o las penumbras de un olivar— las que elegía para estar con sus discípulos y las que prefería para retirarse a rezar.

Todo esto implicaba gran tolerancia al calor, al frío, a los vientos, a las lluvias, al hambre y al cansancio. Y no hablamos de un hombre tosco, criado rudamente o adornado de cualidades ásperas y cerriles. Por el contrario, Jesús jamás se muestra incapaz de tratar con personajes de noble alcurnia, ni incómodo para manejarse en un banquete, como observamos en los textos evangélicos. Los anfitriones de Jesús nunca le reprochan la torpeza u ordinariez de sus modos sino únicamente el no atarse a las costumbres de los fariseos, la excesiva condescendencia con los pecadores y la confianza con las personas de mala vida.

También tenía, Jesús, ese rasgo inconfundible del varón auténtico que es la capacidad de imponerse a sus enemigos cuando una causa justa lo reclama. Para Jesús, la “causa” por excelencia era la gloria de su Padre. No debe, pues, extrañarnos solo lo veamos alzar una mano cuando ve atropellada esa gloria paterna. El episodio de la expulsión del Templo de los mercaderes que lo habían convertido en un feria, es relatado por los cuatro evangelistas (Jn 2, 13-22; Mt 21, 12-13; Mc 11, 15-19; Lc 19, 45-46). Los textos nos dejan vislumbrar el estupor y el trastornado pánico de sus adversarios, lo que se explica, en parte, porque para el comerciante sin escrúpulos (y aquéllos lo eran) no hay cosa más dolorosa que la ruina de sus negocios; pero, sobre todo, porque pocas cosas son tan temibles como la *cólera del manso*. El hombre sosegado no se enoja sin motivo; pero cuando tiene motivo, su ira lo hace imponente, ya que el manso enfurecido conoce la razón de su enojo y sabe que no tiene derecho a calmarse mientras no restablezca la justicia. Se puede sobornar al iracundo; pero es muy difícil corromper a un manso *racionalmente* encolerizado. Jesús, precisamente, no actuó dominado por la pasión. No puede estar fuera de sí un hombre que tiene el tiempo y la parsimonia de fabricarse un

látigo de cuerdas y la fibra de dar un discursito explicando su comportamiento. Jesús hizo ambas cosas. Los empujones y patadas que necesitó para desparramar las monedas de los cambistas y ahuyentar las gallinas, vacas y palomas que infectaban el Templo paterno, fueron pensadas, medidas y decididas. Jesús llamó a los comerciantes con el poco agradable título de “bandidos”, y, sin embargo, por lo que entendemos, ninguno se atrevió a replicarle, ya que, como nota Marcos (11, 18), “le tenían miedo”. Su sola presencia imponía respeto y frenaba incluso los instintos homicidas, como había ocurrido antes, en Nazaret, cuando sus paisanos quisieron despeñarlo, “pero él, pasando en medio de ellos, se marchó” (Lc 4, 30). No debía ser fácil animarse a poner las manos en Jesús.

Su hombría debía asustar a sus enemigos. Sobre todo porque era “hombría” y no “bravuconería”. El matón es fanfarrón y camorrista, y sus gestos suelen ser ocasión de pendencia porque, naciendo, su aparente audacia, de la pasión convulsionada, estimula las pasiones ajenas como un fuego enciende otro fuego. Pero el coraje auténtico, que se impone por la superioridad moral y brota de la razón y de la justicia, hace languidecer a los contrarios. La verdadera fortaleza es el coraje puesto al servicio de la justicia. Éste es el que espanta a los malos y tal fue el temple de Jesús. Para poder descargar su furia, sus enemigos debieron esperar a que Él quisiera entregar “voluntariamente su vida” (cf. Jn 10, 18).

Como hemos dicho, Jesús no era una persona ruda, de esas que pueden soportar o enfrentar enormes trabajos por poseer una naturaleza montaraz. Por el contrario, su cuerpo poseía una delicadeza particular y un sistema nervioso especialmente sensible. La Carta a los Hebreos le aplica las palabras del Salmo 39 dirigidas a su Padre al entrar en este mundo: “Sacrificios y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo” (Hb 10, 5), se entiende: “apto para padecer”. Testigo de esta verdad es su sudor de sangre en Getsemaní (Lc 22, 44) y sus elocuentes palabras: “Triste está mi alma hasta el punto de morir” (Mt 26, 38).

Y este Jesús, a quien podemos imaginar, por los pocos rasgos que acabamos de recordar, agotado, curtido, abrumado por multitudes que lo rodean constantemente para pedirle pan y milagros o reclamarle enseñanzas de cielo, fatigado de correrías, falto de todo

consuelo material, en vez de quejarse o pedir un momento de sosiego, ofrece a los demás su asistencia para ayudarlos a sobrellevar los sufrimientos: “Venid a mí los que estáis agobiados con trabajos y cargas que Yo os aliviaré” (Mt 11, 28).

No es ésta, sin duda alguna, la psicología de un hombre con conflictos de personalidad, quejoso, malhumorado, de afectos conflictivos, de mentalidad enmarañada, ni de anhelos enrarecidos.

(4) La espiritualidad viril de Jesús

Si la afectividad de Jesús es viril y equilibrada, se debe a que también lo es su espiritualidad. Es sabido que las personas afectivamente intrincadas no se guían ordinariamente por la razón, sino por sus sentimientos y estados anímicos, lo que las hace antojadizas. En cambio, la vida afectiva de Nuestro Señor ha estado siempre empapada de racionalidad. Las pasiones humanas difieren de las animales en que, por la unión del alma con el cuerpo, aquellas están elevadas por la razón en una “asunción eminente”¹⁴, y, por eso, “todo en el hombre es humano”: “los hombres somos *totalmente hombres* (y no animalidad *más* espiritualidad) y además más perfectamente animales que los animales... Sin la tesis de la *asunción eminente de las formas* la antropología no puede captar el misterio del hombre”¹⁵. Si esto vale para todo hombre, mucho más para Cristo. Por este motivo, la tradición teológica acuñó una expresión particular para referirse a las pasiones de Cristo, llamándolas “propasiones”, término que indica su carácter de trascendencia y de pureza¹⁶.

En Cristo, pues, toda su afectividad, está impregnada de racionalidad y de sobrenaturalidad, en perfecta docilidad a la dirección de la inteligencia y de la voluntad.

Por eso, si consideramos, por ejemplo, las predicaciones y acciones de Jesús, no es difícil percibir que lo que cuenta, para Él, es

¹⁴ La expresión es de Pithod, A., *El alma y su cuerpo*, Buenos Aires (1994), 55.

¹⁵ *Ibidem*, 54-56.

¹⁶ El término es de San Jerónimo, *Commentarium in Evangelium Mattheum*, I, 5. Cf. Santo Tomás, *S. Th.*, III, 46, 5, obj. 3 y ad 3. cf. Pietro Parente *Propasiones*, en: “Diccionario de Teología Dogmática”, Barcelona (1963), 320.

siempre lo objetivamente más grande e importante y no, como suele decirse, las “razones del sentimiento” (que a menudo equivalen a caprichos del corazón). Y del mismo tenor supone a su público. Por eso, como nota Bichlmair, Jesús apela mucho más al espíritu que al mero sentimiento del oyente.

Otro testimonio del equilibrio espiritual lo encontramos observando el foco de atención de Jesús: aún proclamándose “camino, verdad y vida”, “pan de vida”, “fuente de aguas vivas”, etc., no detiene el afecto de sus interlocutores en Sí mismo, sino que lo conduce hacia Dios Padre. Esto es un rasgo notable de alguien dotado de una capacidad de atracción como la suya (“todos van a él”, dicen acoñojados sus enemigos: Jn 3, 26), de su formidable poder de hacer milagros, de la admiración que suscitaba (al punto de querer hacerlo rey y proclamarlo mesías y “gran profeta”: Lc 7, 16). Él no frena los afectos de los demás en su propia persona sino que los canaliza siempre hacia el Padre celestial. En algunos casos, incluso, no permite que algunos lo sigan sino que les exige que se transformen en pregoneros de la gloria de Dios, como hace con el endemoniado de Gerasa después de exorcizarlo (Lc 8, 38-39), o con los leprosos curados, a quienes envía a presentarse a los sacerdotes (Lc 17, 14).

La espiritualidad viril de Jesús se manifiesta también en sus parábolas. Todas ellas son creaciones de un pensamiento a la vez varonil y equilibrado. Como dice Bichlmair, si no supiésemos que estos sermones y parábolas provienen de Jesús, con todo, podríamos concluir que deben haber sido estampados por un hombre de temple, un varón. De hecho el tenor que en estas pequeñas joyas de la literatura tienen conceptos como el trabajo, la amistad, la fidelidad y la infidelidad, la paternidad, la traición del mal hijo, el arrepentimiento, la misericordia paterna, la virginidad, los malos jueces y los administradores camanduleros, la mujer fiel y la joven necia, los siervos sin entrañas y los hombres timoratos, etc., que responden a la fantasía de un varón, al ingenio masculino, y a los modos de pensar varoniles. Una mujer de gran talento y fina espiritualidad, aun siendo capaz de crear piezas magníficas como las parábolas evangélicas, les habría dado otro colorido.

Jesús tenía facilidad para amar como lo demuestra su actitud hacia Juan, Pedro, Lázaro y sus hermanas, etc. Pero su amor tenía cualidades bien marcadas por la elevación espiritual. San Marcos se refiere al encuentro con el joven rico diciendo: “fijando en él su mirada, lo amó” (Mc 10, 21; cf. 10, 17-22). El evangelista menciona este gesto *después* que el muchacho ha referido al Señor que viene cumpliendo todos los mandamientos desde su adolescencia; precisamente, viendo en él “pasta” de santo, “lo miró” (es decir, le caló el corazón), “lo amó” y le propuso un camino directo y seguro hacia la santidad que el muchacho parecía buscar: “Si quieres ser perfecto, ve, vende todo cuanto tienes y dalo a los pobres; después ven y sígueme”. El amor de Jesús que se trasluce en este episodio revela su equilibrio afectivo. Notemos:

Se trata, ante todo, de un *amor espiritual*, porque ama los bienes espirituales del muchacho, su deseo de santidad y su pureza, no sus cualidades físicas o materiales; Jesús se enamora del corazón virtuoso o, al menos, capaz de mucha virtud.

Es, además, un *amor paciente*, no intempestivo ni inoportuno; sólo lo invita a su seguimiento cuando el muchacho da muestras de no conformarse con los caminos comunes a todo mortal; es decir, cuando parece ser uno de los que *quieren más*.

Pero es también un *amor exigente*, que llama a dejarlo todo sin ambigüedades ni propuestas aguachentas; le ofrece un camino de cruz y espinas.

Es un *amor desinteresado*, que no pide nada para sí: “dáselo a los pobres”.

Y el rasgo más destacable: es un *amor que respeta absolutamente la libertad*; Jesús no se amarga, ni muestra despecho por la inesperada pusilanimidad del muchacho. Lo mira alejarse sin reprocharlo, sin desprecio ni desdén; en todo caso con una tristeza escondida en lo más íntimo de su corazón.

De todo esto resulta evidente la inconsistencia de quienes han pretendido presentar una siniestra exégesis del amor de Jesús de corte homosexual. En su momento se dio mucho bombo al lamentable ensayo de la freudiana François Dolto, *El Evangelio ante*

*el psicoanálisis*¹⁷. Ella interpretaba el amor de Jesús hacia Juan (“el discípulo amado”) como un afecto narcisista (“Juan representa lo que Jesús conserva de narcisismo, es decir, de fijación afectiva en sí mismo”) y la relación de Lázaro con el Señor como una “amistad homosexual... amistad apasionada, narcisista”. ¡Hasta la muerte de Lázaro explica en esta clave (“[Lázaro] desesperado al verse separado de Jesús como un bebé del seno de su madre, se dejar morir. Su amor por Jesús es un amor de dependencia carnal”)! A ideas del mismo tono dio pie la peregrina lucubración de Morton Smith cuando reclamó haber descubierto, en 1958, fragmentos de un supuesto “Evangelio secreto de Marcos”, usado por los gnósticos carpocracianos del siglo II, en donde, al parecer, se insinuaba que Jesús “iniciaba” a algunos de sus discípulos en el reino de Dios, con prácticas homosexuales¹⁸. En nuestros días este disparate ha hallado seguidores entre personajes del movimiento gay, y también entre algunos teólogos protestantes defensores de la causa homosexual¹⁹.

Los hechos que venimos indicando y los demás rasgos de la afectividad viril y equilibrada de Jesús que recordaremos en los puntos que siguen, demuestran claramente no sólo el carácter sacrilego de estas teorías sino su esencial incompatibilidad con los textos que nos ponen en contacto con el *Jesús de carne y hueso* de

¹⁷ Cf. Dolto, François, *El Evangelio ante el psicoanálisis*, Madrid (1979); los textos que cito están en las páginas 111-123.

¹⁸ Según Smith, él habría descubierto, en 1958, en el monasterio ortodoxo de Mar Saba, cerca de Jerusalén, en una carta de Clemente de Alejandría, unos fragmentos que aluden a un “Evangelio secreto de Marcos”. Supuestamente Clemente afirmaba que los carpocracianos interpolaban ciertos textos al auténtico “Evangelio secreto” que él conocía de antes. De los dos textos que Clemente cita como interpolaciones, uno parece entenderse en sentido carnal y homosexual. Smith sostuvo que, en realidad, el “Evangelio secreto de Marcos” habría sido el evangelio original de Marcos; mientras que el nosotros tenemos en nuestras Biblias canónicas sería una versión expurgada de pasajes incómodos. Las teorías de Morton Smith fueron expuestas en su libro *The Secret Gospel: The Discovery and Interpretation of the Secret Gospel According to Mark* (1981). El autor no pudo nunca mostrar el fragmento encontrado en Mar Saba, pues, según él, después de devolverlo a la biblioteca del monasterio, “desapareció”.

¹⁹ Por ejemplo, Jennings, Theodore W., *The Man Jesus Loved: Homoerotic Narratives From the New Testament* (2003). Este autor es un profesor protestante del Chicago Theological Seminary.

los Evangelios. Por eso, Romano Guardini, analizando la estructura psicológica del Señor, ha afirmado: “Jesús es varón; la claridad de este contenido objetivo no puede menguarse por ciertas formas de representación artística, ni por la especie de piedad que hay en la base de éstas. Cuando Jesús aparece como un ser tierno, pasivo, medio femenino, es un malentendido fatal, que quita su sentido original a la suavidad de ánimo, a la humildad y a la intención de sacrificio de Jesús... Igualmente falso sería, por lo demás, querer caracterizar la esencia de la masculinidad solamente por la energía activa, por la combatividad agresiva y por determinadas ideas del honor, trazando desde allí su imagen. Jesús es de una masculinidad enérgica, honda y clara, pero cuyo carácter no está determinado decisivamente por la vida del sentimiento, o del instinto, sino por el espíritu (...) Un examen sin prejuicios del texto [*evangélico*] muestra que faltan todas las exteriorizaciones del instinto de la masculinidad [*es decir, la atracción instintiva hacia lo femenino*]. No porque los narradores quieran ocultarlas. Tampoco porque fuera insensible o las superara ascéticamente. De su naturaleza irradia una cálida plenitud original de vida. Pero su fuerza viril ha entrado toda ella en el centro personal religioso. Mejor dicho: en un centro que queda más hondo y es más poderoso que el centro espiritual y religioso que hay en el hombre. Una potencia amorosa divina, en el más puro sentido, la ha tomado en su posesión y se desarrolla en ella: la virilidad de Jesús se ha transformado en un amor perfectamente altruista, divino”²⁰.

²⁰ Guardini, Romano, *La realidad humana del Señor*, Madrid (1966), 135-137. Lo que está en *italica* y entre corchetes son aclaraciones mías.

II. Jesús y la mujer

(1) La mujer y los contemporáneos de Cristo

Hay que reconocer que, respecto de la mujer, Jesús no se atuvo a los usos de su tiempo y ambiente. Entre sus compatriotas más rígidos, las mujeres eran discriminadas desde el nacimiento, lo que se extendía, luego, a la vida política y religiosa de la nación. “¡Ay de aquél cuya descendencia son hembras!”, dice el Talmud. A algunos el nacimiento de una niña les causaba tristeza y fastidio; y una vez crecida no tenía acceso al aprendizaje de la Ley. Se lee en la Mishná: “Que las palabras de la Torá (Ley) sean destruidas por el fuego antes que enseñársela a las mujeres... Quien enseña a su hija la Torá es como si le enseñase calamidades”.

Es cierto que estas expresiones se contrastan con otras, como ésta, sobre el divorcio, que corría entre los rabinos: “El mismo altar derrama lágrimas cuando un hombre se divorcia de la esposa de su juventud”. Pero el gran exégeta presbiteriano Barclay, hablando, precisamente, de la institución del divorcio mosaico, señala: “Lo trágico era que la práctica se quedaba muy rezagada del ideal. Había algo que viciaba toda la relación matrimonial: una mujer era, a los ojos de la ley, una cosa. Estaba totalmente a disposición de su padre o de su marido. Virtualmente no tenía ningún derecho legal. No podía, en ningún caso, divorciarse de su marido por ningún motivo, mientras que el marido podía divorciarse de ella por cualquier razón. «Uno puede divorciarse de una mujer —decía la ley rabínica— contando o no con la voluntad de ella; basta con la voluntad de él» (...) Este proceso de divorcio era extremadamente sencillo. El documento de divorcio decía simplemente: «Sea esto por mi parte tu escritura de divorcio y carta de despedida y acta de liberación, para que te puedas casar con quien quieras». Todo lo que tenía que hacer el marido era entregar ese papel a su mujer en presencia de dos testigos, y quedaba divorciada”²¹.

²¹ Barclay, W., *Mateo*, en *Comentario al Nuevo Testamento*, Barcelona (1999), 48-49.

Por eso, comentando el estupor de los apóstoles al encontrar a Jesús hablando con la samaritana (cf. Jn 4, 27), el mismo autor añade: “No es extraño que los discípulos se quedaran alucinados cuando... se encontraron a Jesús hablando con una samaritana. Ya hemos visto la idea que tenían los judíos de las mujeres. El precepto rabínico rezaba: «Que nadie hable con una mujer en la calle; no, ni aunque sea su esposa». Los rabinos despreciaban tanto a las mujeres, y las creían tan incapaces de recibir ninguna enseñanza real, que decían: «Mejor es quemar las palabras de la Ley que confiárselas a las mujeres». Tenían un dicho: «Cada vez que uno se enrolla con una mujer, atrae mal sobre sí mismo, se aparta de la Ley y por último hereda la gehena». Según las normas rabínicas Jesús apenas podría haber hecho nada más repulsivamente inconventional que el hablar con aquella mujer. Es verdad que estaba derribando barreras”²².

En otro lugar, al explicar el trasfondo judío de la primera carta a Timoteo, el erudito escocés agrega: “No ha habido nunca una nación que diera a las mujeres un lugar más importante en el hogar y en la familia que los judíos; pero oficialmente la posición de la mujer era muy inferior. Para la ley judía no era una persona sino una cosa; estaba totalmente a disposición de su padre o de su marido. Se le prohibía aprender la Ley; el instruir a una mujer en la Ley era echar perlas a los puercos. Las mujeres no tomaban parte en el culto de la sinagoga; estaban encerradas aparte en una sección de la sinagoga, como si dijéramos en «el gallinero» donde no se las podía ver. Un hombre iba a la sinagoga para aprender; pero, como mucho, una mujer iba para oír. La lección de la escritura la leían en la sinagoga los miembros de la asamblea; pero nunca mujeres, porque eso habría sido «quitarle honor a la asamblea». Estaba prohibido que una mujer enseñara en una escuela; ni siquiera a los niños más pequeños. Una mujer estaba exenta de las demandas concretas de la Ley. No le era obligatorio asistir a las fiestas y a los festivales sagrados. Las mujeres, los esclavos y los niños eran de la misma clase. En la oración judía de la mañana, un varón daba gracias a Dios porque no le había hecho «gentil, esclavo o mujer». En los *Dichos de los Padres*, Rabí Yosé Ben Yohanán se cita como diciendo: «Que tu casa esté siempre totalmente abierta, y que los pobres sean tu familia

²² Barclay, W., *Juan*, en: *Comentario al Nuevo Testamento*, op. cit., 406.

y no hables mucho con ninguna mujer» (...) Un estricto rabino no saludaba nunca a una mujer en la calle, aunque fuera su esposa o hija o madre o hermana. Se decía de la mujer: «Su misión es enviar los niños a la sinagoga; atender a las cuestiones domésticas; dejar libre a su marido para que estudie en las escuelas; y mantener la casa para él hasta que vuelva»²³.

Indudablemente no todos los judíos pensaban en este tono, como podemos observar en la delicadeza con que algunos varones tratan a ciertas mujeres, como José a María, Zacarías a Ana, etc. Pero hay que convenir que el pensamiento judío más generalizado, en tiempos de Cristo, no había llegado muy lejos en el trato de la mujer. De ahí que la actitud de Jesús al respecto contraste fuertemente con estas expresiones.

(2) Los cambios introducidos por Jesús

La madurez afectiva del varón en el trato con el sexo femenino se mide por la capacidad de establecer sanas relaciones de amistad y respeto con la mujer sin que esto implique perturbaciones, apegos, amistades peligrosas o desgobierno de la propia sensibilidad.

Nuestro Señor no tiene reparos en conversar públicamente con la samaritana (cf. Jn 4, 27), ni toma en cuenta la impureza legal de la hemorroísa (cf. Mt 9, 20-22); deja que una pecadora se le acerque en casa de Simón el fariseo e incluso que lo toque para lavar sus pies y que llore sobre Él (cf. Lc 7, 37), perdona a la adúltera, mostrando que no es justo tener más severidad con el pecado de la mujer que con el de su cómplice varón (cf. Jn 8, 11); toma distancia de la ley mosaica para afirmar la igualdad de derechos y deberes del hombre y la mujer respecto del vínculo matrimonial (cf. Mt 19, 3-9; Mc 10, 2-11); se hace acompañar y sostener en su ministerio itinerante por

²³ Barclay, W., *La primera epístola a Timoteo*, en: *Comentario al Nuevo Testamento*, op. cit., 818.

varias mujeres (cf. Lc 8, 2-3)²⁴; les encarga el primer mensaje pascual, e incluso las elige a ellas para avisar al resto de los discípulos su Resurrección (cf. Mt 28, 7-10 y paralelos).

Muchas de las mujeres que Jesús encuentra en su camino no tenían un pasado ejemplar y quizá tampoco lo era el presente de algunas de ellas: la samaritana había convivido ya con varios hombres y Jesús le manifiesta que él sabe que tampoco estaba casada con el hombre con quien entonces vivía; la mujer que entra en casa de Simón el fariseo era probablemente una meretriz, ya que el anfitrión dice para sus adentros que era “una pecadora” y siente por ella particular repugnancia (cf. Lc 7, 41); la adúltera que los enemigos de Cristo arrojan ante sus pies con la esperanza de ponerlo en un aprieto venía de ser sorprendida en su delito; de María Magdalena Nuestro Señor había expulsado siete demonios (cf. Mc 16, 9); etc. Aún así, los enemigos de Jesús, que lo acusan falsa pero encarnizadamente de ser glotón y borracho (cf. Lc 7, 34), impostor (cf. Mt 27, 63), endemoniado (cf. Mc 3, 22) y blasfemo (cf. Mt 26, 65)... *¡nunca!* aluden a la más pequeña falta contra la castidad, ni insinúan siquiera que Jesús fuese imprudente en este campo. El mismo hecho de que, para tantear el equilibrio entre su justicia y su misericordia, elijan una mujer sorprendida en adulterio (cf. Jn 8, 1-11), exigiéndole que aplique con ella todo el rigor de la ley mosaica, se explica porque tenían la seguridad de que, si el comportamiento de Jesús era acorde con la pureza que predicaba, él tendría que *condenarla*. Conocemos el lucido desenlace.

Incluso Juan, destacando el afecto especial de Jesús hacia los tres hermanos de Betania, dos de los cuales son mujeres: “Jesús tenía *particular afecto* a Marta, a su hermana María y Lázaro” (Jn 11, 5), nunca insinúa que tal sentimiento implicase algún desorden. Así deben entenderse las palabras del mismo escritor al describir el episodio de la samaritana: “sus discípulos se *extrañaron* que hablase con una mujer” (Jn 4, 27); esta admiración resultaría inexplicable si

²⁴ San Lucas dice que en su proclamación del Reino de Dios le acompañaban “los Doce y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes, Susana y otras muchas que les servían con sus bienes” (Lc 8, 1-3).

Jesús tuviese la costumbre contraria o fuese, como suele decirse, *confianzado* con ellas.

(3) El equilibrio sorprendente

Equilibrio realmente extraordinario el de Jesús que, al mismo tiempo que suscita la susodicha admiración de sus apóstoles, al menos en dos oportunidades se deja tocar, besar y ungió por algunas mujeres. La primera en casa del fariseo que lo invita a comer: “Un fariseo le rogó que comiera con él, y, entrando en su casa, se puso a la mesa. Había en la ciudad una mujer pecadora pública, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro de perfume, y poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungió con el perfume” (Lc 7, 36-38). La segunda escena es la que hemos aludido poco más arriba, y su protagonista es la hermana de Lázaro: “Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume” (Jn 12, 3). Son dos episodios ciertamente distintos, y diversos los motivos de las unciones: en un caso una pobre pecadora pedía misericordia por sus pecados, en el segundo, una joven muestra su gratitud a quien acababa de devolver la vida a su difunto hermano²⁵. En ambos casos, las mujeres que intervinieron fueron criticadas; una por atrevida, al tocar al Maestro siendo pecadora; la otra por despilfarradora. Pero en todos los casos Jesús las defendió, a una porque mostró mucho amor (cf. Lc 7, 47), a otra porque hizo misericordia con Él adelantándose a la unción que sería incompleta en su sepultura (cf. Mt 26, 10-12). Pero es digno de mención que ninguno de los circunstantes pensase mal de Jesús, lo que habla del alto concepto que tenían de su afectividad. El mismo Judas, que al parecer miraba con ojos agrios a María de Betania, no piensa mal de

²⁵ Hay un tercer relato que quizá sea una variante del episodio de Lucas, aunque nada obsta para que sea un caso distinto. Lo relatan Mateo y Marcos: “Estando él en Betania, en casa de Simón el leproso, recostado a la mesa, vino una mujer que traía un frasco de alabastro con perfume puro de nardo, de mucho precio; quebró el frasco y lo derramó sobre su cabeza” (Mc 14, 3).

su afecto, sino de su prodigalidad por malgastar un frasco de nardo purísimo sobre los pies del Señor (cf. Jn 12, 1-7).

(4) La enseñanza del Maestro

También de la doctrina de Cristo podemos, en cierta manera, *deducir su modo de vida*. Quiero decir que debió reinar una extraordinaria coherencia entre la predicación de Jesús y su modo de vida. Lo demuestra, ante todo, la simetría entre el sermón de las bienaventuranzas y su muerte en cruz, que es el desenlace previsible de la doctrina contenida en sus primeras prédicas públicas. Pero también el hecho de que, a pesar de tener tantos enemigos conspirando para poder acusarlo (Lc 6, 7: “estaban al acecho los escribas y fariseos por si curaba en sábado, para encontrar de qué acusarle”) y de querer fraguar algún cargo falso que resultase creíble (Mt 26, 59: “andaban buscando un falso testimonio contra Jesús con ánimo de darle muerte”), nunca fue imputado de no haber cumplido lo que él mismo predicaba o exigía a los demás. ¡Y si Jesús hubiese sido incoherente, bastaba el Sermón de la Montaña para hacerse un festín de reproches!

De ahí que sea lícito pensar que la actitud de Jesús hacia la mujer haya sido exactamente la que Él enseñó. Sobre este punto su doctrina se puede resumir en lo proclamado al comienzo de su ministerio público: “Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón” (Mt 5, 28). Con estas palabras, el Señor supera el exterioridad de los maestros judíos —que sólo destacaban el pecado de los actos externos y consumados— condenando la inclinación del corazón que hace de la mujer un objeto de potencial satisfacción sexual, inclinación que se expresa a través de una mirada desiderativa. El deseo interior de alcanzar una satisfacción sensual o sexual con la mujer que no le pertenece, produce, en el varón, una transformación interior tan profunda, que Jesús la expresa con el fuerte concepto de “adulterio”. Este deseo, que se traduce en la mirada concupiscente, rebaja a la mujer a “una cosa”, y al hombre que la desea, a “un manipulador”. Jesucristo

juzga esta actitud indigna del varón (lo que también vale para la mujer que hace otro tanto).

El pensamiento de Cristo se completa con otra expresión del mismo Sermón: “La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras” (Mt 6, 22-23). El “adulterio del alma”, fruto de la mala mirada, entenebrece el corazón. La mirada malamente desiderativa de la mujer convertida en objeto sexual, daña profundamente la voluntad que se asoma a través de los ojos. La mala mirada del varón vicia la imagen y la idea que tiene de la mujer, y ese concepto viciado y dañino entra por la lámpara del ojo pervirtiendo el corazón del hombre lujurioso.

Hay que destacar que estas expresiones de Jesús son parte de la *novedad* de su doctrina; manifiestan el corazón de Jesucristo, precisamente porque son *enseñanzas nuevas* que Jesús contrapone a la doctrina de los maestros antiguos que no exigían la pureza de la intención sino sólo de los actos externos: “Habéis oído que se dijo: No cometerás adulterio. *Pues yo os digo*: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón” (Mt 5, 27-28). El adulterio, como intercambio carnal con el cónyuge ajeno, estaba condenado en el Antiguo Testamento. Nuestro Señor añade (con ese potente “pero Yo os digo”) que el contacto físico no es esencial para corromper la castidad; basta la intención. Jesús predica la pureza interior porque Él la vivía.

Nuestra mirada es pura cuando se dirige a lo que juzgamos limpio y puro; es reverente ante las cosas que consideramos sagradas y es cariñosa y comprensiva con lo que amamos tiernamente; pero es ávida de lo tasamos con criterios utilitaristas, y voraz de lo que calculamos sensualmente. En este sentido, no es la femineidad de la mujer lo que dispara la mirada lúbrica, sino el *significado* y el *valor* que alguna mujer representa para un varón. De ahí que el voluptuoso no mire impudicamente a su madre, ni a su hija, ni a su hermana (salvo el pervertido), porque ellas *son apreciadas* con medidas sagradas y espirituales; pero, en cambio, no hace lo mismo con las otras mujeres. El puro, en cambio, mantiene la mirada limpia tanto para la mujer propia como para la ajena, porque a todas las pondera con la misma medida. Así es la mirada de Jesús: pura, porque es puro su corazón y su intención. Su mirada es consecuente con el *valor* que

toda mujer representa para Él. Él ve en la samaritana un alma cansada y sedienta de valores trascendentes, y le ofrece el agua pura que salta hasta la vida eterna; en la mujer sorprendida en adulterio ve miedo y vergüenza y le ofrece comprensión y perdón (“Yo tampoco te condeno”); en la pecadora postrada a sus pies, ve remordimiento y humillación, y elogia el amor de un arrepentimiento capaz de borrar las culpas pasadas.

(5) Jesús célibe

En los últimos tiempos, algunas mentes contagiadas de un anacrónico gnosticismo, han proclamado una presunta relación amorosa entre Jesús y María Magdalena (identificada, por otra parte, con la hermana de Lázaro). Algunos, incluso, han hablado de matrimonio y otros concubinato; no ha faltado quien ha hecho de Jesús un polígamo incestuoso unido al mismo tiempo a María y a Marta, hermanas de sangre y amantes rivales²⁶. En fin, si se trata de inventar, cualquiera se amaña para convertir los evangelios en un culebrón, porque la fantasía no exige mucho desarrollo cerebral. Muy distinto es, en cambio, hablar con fundamento bíblico y seriedad científica. En este último sentido, los evangelios ni afirman, ni dan pie para decir, pensar o buscar tales cabras por esos montes.

De la gratitud de la Magdalena por haber arrojado de ella siete demonios (cf. Mc 16, 9) y de su fidelidad durante la Pasión (cf. Mt 27, 53) no se sigue ninguna relación particular entre ella y Jesús, ni motivan que una mente sana fantasee tales horizontes. En el momento supremo de su muerte, Jesús no piensa en la exdemoniada de Magdala, aunque artistas de todos los tiempos la hayan pintado abrazada a los pies de la cruz, sino en otra María con quien estaba ligado por los lazos de sangre. Es la soledad de su madre la que preocupa al Señor agonizante y no la equívoca viudez de una novia desesperada. Es a la Virgen de Nazaret a quien se dirige en sus últimos momentos, proclamando con sus palabras un nuevo

²⁶ Por ejemplo, los libros de Margaret Starbird, *María Magdalena y el Santo Grial. La mujer con el frasco de alabastro; La diosa en los evangelios*; Dan Brown, *El Código Da Vinci*; Susan Haskins, *María Magdalena: mito y metáfora*, etc.

pacto entre ella y el discípulo amado: “He ahí a tu hijo; hijo, he ahí a tu madre”. No lo hace entre la Magdalena y su Madre (a las que debería haber dicho: “he ahí a tu nuera; aquí tienes a tu suegra”). De todos modos, es comprensible que quienes no entienden la castidad ni el celibato, supongan que los demás tienen oscurecida la misma parte de la conciencia que ellos.

Jesús fue célibe. “No podemos imaginarnos a ninguna mujer al lado de este excelso Varón, exclama Bichlmair. Antes, por el contrario, nuestro sentimiento religioso se opone a ello”²⁷. Es cierto. Más aún, no sólo nuestro sentimiento religioso sino la razón teológica se opone a ello: porque aun cuando el matrimonio sea algo sagrado, cualquier mujer sería una limitación para el Amor universal de Dios encarnado. Incluso circunscribiéndonos a los datos evangélicos, la idea de un Jesús casado no sólo repugna a la salud de nuestra imaginación o de nuestros sentimientos, sino a la honestidad intelectual y al rigor científico. No podemos inventar en Jesús rasgos a los que los escritores sagrados no den pie. A menos que confundamos la exégesis con la novelística amarilla.

Jesús no pudo pertenecer a ninguna mujer. La conciencia de su entrega absoluta a la misión encomendada por su Padre lo hacía imposible; su vocación es total (cf. Lc 2, 49).

Por otra parte, se lo exigía la coherencia con la renuncia que Él pedía a quienes querían seguirlo plenamente: “Quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí” (Mt 10, 37). “Si alguno viene donde mí y no detesta a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío” (Lc 14, 26)²⁸. “Pedro se puso a decirle: «Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido». Jesús

²⁷ Bichlmair, *Jesús el Varón ideal*, Buenos Aires (1951), 122-123.

²⁸ El verbo griego “miséo” significa “odiar”, “detestar” y, por extensión “amar menos”, que es el sentido que tiene aquí. Explica esta expresión Barclay: “No debemos tomar sus palabras con un literalismo frío. El lenguaje oriental es siempre tan pictórico y vivo como la mentalidad oriental. Cuando Jesús nos dice que tenemos que aborrecer a nuestros seres más queridos, quiere decir que ningún amor de este mundo puede compararse con el amor que le debemos tener a Él” (*Lucas*, en: *Comentario al Nuevo Testamento, op.cit.*, 337).

dijo: «Yo os aseguro: nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno» (Mc 10, 28-30). Él, que consideraba indigno de su escuela a quien pusiera en un platillo de la balanza el discipulado y en el otro a cualquiera de sus consanguíneos, no podía, honestamente, estar atado a nadie en este mundo. Quien alaba a los que le dicen que han dejado todo por Él, no podía, Él mismo, estar encadenado a nada ni a nadie.

De ahí que la castidad de Jesús es una necesidad que le impone su corazón, no por limitación (por no poder amar) sino *por exceso de amor* a Dios y a las almas. En su caso es, realmente, una castidad virtuosa; porque no toda castidad lo es. Como dice Bruckberger, “todo lo que es materialmente casto, no por ello es virtuoso: existe la castidad de las piedras, la de los corazones secos, la de los avaros de sí mismos y la de los impotentes, la de los cobardes beatos que tienen miedo al infierno. Todas esas castidades están podridas”²⁹.

Jesús fue célibe por un acto libérrimo de su voluntad. Él no acepta la castidad, como piensan algunos, porque *de lo contrario no podría moverse con libertad*. Es decir, como una *condición* ligada al género de vida que tiene que llevar (sin hogar, sin residencia fija, sin dinero). Por el contrario, la elige *por sí misma*; por la belleza intrínseca que tiene como *modo de amar a Dios con todo el propio ser, cuerpo y alma*. Lo hace en el mismo sentido que luego San Pablo llamará al estado de virginidad “eusjémon” (1Co 7, 35), que significa: lo que es noble, decente, decoroso, distinguido. La Vulgata lo vierta al latín por “quod honestum est”, lo que digno (merecedor de ser amado por sí mismo, al margen de cualquier utilidad que reporte)³⁰.

Es cierto que el Nuevo Testamento da a Cristo el apelativo de “Esposo” (Juan, su Precursor, se llama a sí mismo “el amigo del Novio”: Jn 3, 29). Pero lo entiende siempre del esponsalicio místico

²⁹ Bruckberger, R., *Historia de Jesucristo*, Barcelona (1966).

³⁰ En latín, se dice “honestum” a aquello que es bueno en sí mismo y por sí mismo, independientemente de las ventajas que pueda ofrecernos (en tal caso sería un *bien “útil”*) o del placer que nos proporcione (en cuyo caso estaríamos ante un *bien “deleitabile”*).

de Cristo con las almas de sus fieles: “os tengo desposados con un solo esposo para presentaros cual casta virgen a Cristo” (2Co 11,2). Es decir, es esposo de la Iglesia: “Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella” (Ef 5, 25). Cristo es esposo en sentido espiritual, como unido con toda la Iglesia por una entrega sin reserva. No lo es, en cambio, en el sentido del matrimonio humano, entre un hombre y una mujer. En este sentido Jesús es virgen y modelo de virginidad.

Precisamente en Él parece pensar el Apóstol cuando elogia la virginidad ante los corintios: “El no casado se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. El casado se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer; *está* por tanto *dividido*. La mujer no casada, lo mismo que la doncella, se preocupa de las cosas del Señor, de ser santa en el cuerpo y en el espíritu. La casada, en cambio, se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido. Os digo esto para vuestro provecho, no para tenderos un lazo, sino para moveros a lo más digno y al trato asiduo con el Señor, *sin división*” (1Co 7, 32-35). Si bien San Pablo tiene un alto concepto del matrimonio (1Co 7, 38: “el que se casa con su novia, obra bien”), reconoce, sin embargo, que el amor esponsalicio impone una *división en el corazón del casado*: entre la dedicación a Dios y la dedicación al cónyuge. El virgen evita esa división para entregarse totalmente, sin recortes, a Dios. Jesucristo no es un hombre de corazón dividido, como lo testimonia desde su infancia, en que se proclama dedicado totalmente a las cosas de su Padre, como vimos más arriba, al mencionar su pérdida y hallazgo entre los doctores de la ley (cf. Lc 2, 49); y como repetirá en otra ocasión: “¿Quién es mi madre y mis hermanos? (...) Todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mt 12, 48.50).

Jesús fue célibe, virgen y virginizador, es decir, inspirador de vírgenes; a pesar de que nadie tuvo el matrimonio en más alta estima que Él, como diremos a continuación.

III. El conocimiento del plan divino sobre la sexualidad

La madurez afectiva y sexual de una persona se evalúa también por el nivel de su conocimiento y aceptación de la ley divina en este delicado terreno. De ahí el paralelismo entre el menoscabo actual de la sexualidad (signo indubitable de inmadurez) y la ignorancia de la ley divina, natural y revelada o, incluso, la rebeldía con que se la impugna.

Siendo Dios encarnado, Jesús era autor de ley divina. Pero también tenía una inteligencia humana, y en ella se daba una comprensión maravillosa y única de los planes divinos sobre la sexualidad humana. Y los expresaba a los hombres.

Los evangelios nos muestran, sobre todo, el elevadísimo concepto de lo que Jesús llama “el principio”: “al principio no fue así”. La expresión recurre dos veces en la discusión con los fariseos sobre el divorcio. El pasaje dice: “Se le acercaron unos fariseos que, para ponerle a prueba, le dijeron: «¿Puede uno repudiar a su mujer por un motivo cualquiera?» Él respondió: «¿No habéis leído que el Creador, *al principio* [en griego: *ap arjés*; en latín: *ab initio*], los hizo varón y hembra, y que dijo: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne? De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre». Le dicen: «Entonces ¿por qué Moisés prescribió dar acta de divorcio y repudiarla?» Él les dice: «Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón; pero *al principio* [*ap arjés* – *ab initio*] no fue así. Ahora bien, os digo que quien repudie a su mujer —salvo en caso de fornicación— y se case con otra, comete adulterio»” (Mt 19, 3-9).

“El principio” no es sólo “el comienzo histórico” del mundo sino, sobre todo, el momento fundante en que Dios, creando todo, plasma su ley en la naturaleza de las cosas y en el corazón del hombre. Para Nuestro Señor, el plan primigenio del Creador es paradigmático y normativo. Él, con toda su autoridad de legislador divino, devuelve a la ley divina, tras su encarnación, su fuerza original, su vigor, sin las

dispensas que la tolerancia divina había concedido, habida cuenta de la dureza —y debilidad— del corazón humano.

La relación entre el hombre y la mujer, a los ojos de Jesús, es la más alta y profunda que pueda establecerse entre dos seres humanos: *no serán más dos seres sino una sola carne*. Jesús usa la expresión bíblica “carne” en el sentido bíblico de “toda la persona” (no sólo el cuerpo). “Una sola carne” significa “una sola cosa”: una unidad física, un solo corazón, una armonía de afecto, un concierto de espíritus. Es una “comunidad de personas”. Tan fuerte es esta unión que prima sobre los lazos filiales de sangre (los más estrechos entre seres humanos): *por eso dejará el hombre a su padre y a su madre para unirse a su mujer*.

Esto, sin embargo, no vale para cualquier modo unión entre el varón y la mujer, sino al que es sellado con la bendición divina (el matrimonio); por eso aclara el Señor: *salvo en caso de fornicación*, es decir, en la unión no matrimonial (sea fornicación, concubinato o adulterio), el cual no establece verdadero vínculo³¹.

La misma idea subyace en el Sermón de la montaña, en la expresión que ya comentamos sobre la mirada adulterina, que el Señor completa diciendo: “También se dijo: El que repudie a su mujer, que le dé acta de divorcio. Pues yo os digo: Todo el que repudia a su mujer, excepto el caso de fornicación, la hace ser adúltera; y el que se case con una repudiada, comete adulterio” (Mt 5, 27-32). En este texto, resalta más claramente la fuerza legisladora (o restauradora de la ley divina natural, como es en este caso) que Cristo tiene conciencia de poseer: “Habéis oído”; “se dijo”... “Pero Yo os digo”.

³¹ Sobre este punto puede verse mi artículo: *Jesucristo, ¿admitió el divorcio?*, Rev. Diálogo 15 (1996), 181-188.

IV. El equilibrio virtuoso de la afectividad de Jesús

El equilibrio de Jesús es notable en todas las dimensiones de su afectividad y emotividad, lo que postula, como lógica consecuencia, también una perfecta normalidad en el plano sexual.

Más arriba aludimos a que Él puede ser enérgico y ejercer la fuerza, como ocurrió en la expulsión de los mercaderes del Templo (cf. Mt 21, 12-13; Mc 11, 15-17; Jn 2, 14-17). Pero la descripción que de ese episodio hacen los evangelistas dista infinitamente de la ira turbulenta del ofuscado, o de quien canaliza sus nervios en un berrinche convulsivo. Su indignación no se sale de madre.

Del mismo modo, notamos que jamás se impacienta antes las ofensas hechas a su propia persona (como suele ocurrir a los hombres inseguros o acomplejados) sino sólo cuando la injuria afecta la gloria de Dios o a su misión redentora (es decir, contra quienes quieren apartarlo de la cruz, como ocurre con Pedro en el episodio de Cesarea de Filipos: cf. Mt 16, 23).

Jesús nunca castiga de más; desconoce la crueldad, la venganza, los celos, la intriga y el despecho, que suelen identificar a las personas con dificultades afectivas o desviaciones sexuales. La actitud que muestra ante Judas en la Última Cena y en el Huerto de los Olivos (grandeza de corazón, ofrecimiento de perdón, reproche sin odio), suena más bien a una invitación al arrepentimiento, y basta para alejarlo infinitamente de los hombres despechados y resentidos.

Ni qué decir de la actitud con sus discípulos tras la resurrección: ni un reproche por su traición, ni un recuerdo del abandono del que fue objeto, ni una mención de la cobardía que hizo presa de todos los corazones en las horas trágicas.

Por otra parte, Jesús jamás se muestra depresivo, malhumorado o rencoroso, defectos habituales que acompañan a las personalidades con conflictos de identidad sexual o con irregularidades sentimentales.

Tampoco presenta dudas sobre su personalidad, sobre su misión o sobre su relación con Dios Padre. Por el contrario, tiene perfecta

conciencia de su misión: instaurar el Reino de Dios y atraer a las almas a la reconciliación con el Padre por medio de su propio sacrificio en la Cruz. Comienza predicando la venida del Reino, anuncia repetidamente la cruz, y marcha con decisión hacia Jerusalén donde sabe que ha de ser entregado a la pasión y a la muerte. Tiene perfecta conciencia de su carácter mesiánico, de su poder sobre la ley divina (léanse en el Sermón de la montaña los repetidos “Habéis oído que se dijo... pero Yo os digo”), de su identidad con el Padre (sus enemigos se lo achacarán, sin que él los desmienta —Jn 5, 18—: “los judíos trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios”).

Su relación filial con Dios Padre es perfectísima: se siente amado por el Padre; tiene una confianza sin límites en Él (Jn 11, 41-42: “Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas); siente ternura y un amor incondicional (Mc 14, 36: “¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú”). Todo esto lo diferencia de las personas conflictivas y de las que padecen dramas emotivos (especialmente las afligidas en su sexualidad), los cuales, con frecuencia, han sufrido en la infancia un difícil trato con su padre terreno; experiencia, ésta, que a menudo desemboca en una desabrida y amarga relación con Dios Padre. Pero a pesar de esta diferencia, Jesús no carece de empatía hacia estos prójimos. Por el contrario, en su pasión también cargó sus sufrimientos, de modo tal que todo hombre y mujer, sin importar cuáles hayan sido sus dolencias o conflictos, siempre encontrará en Él comprensión y consuelo³².

Por otra parte, Jesús manifiesta equilibradísimas ideas del mal, del sufrimiento, del dolor y de la cruz; lo cual es signo de una afectividad serena, madura y completamente integrada. En Él se da de modo extraordinario el *pati aude*, ¡atrévete a sufrir!, que ha sido

³² Sobre el problema de la paternidad y su repercusión en la experiencia de la Paternidad divina puede verse nuestro trabajo: *Crisis de paternidad. El padre ausente*, Colección Virtus 7, San Rafael (2008); y sobre Dios Padre y Jesucristo: *El Padre revelado por Jesucristo*, Colección Virtus 9, San Rafael (2008).

indicado como contraseña del hombre capaz de mantener la cordura en las vicisitudes más críticas de la vida³³. Jesús no rehúye su cruz; al contrario, llega al punto de llamar “demonio” al amigo que quiere apartarla de su camino (cf. Mt 16, 23). Se ha dicho: “el sufrimiento que parece no tener sentido, lleva a la desesperación”³⁴; pero para Jesús el dolor —su pasión— tiene un sentido trascendente, único, que no está dispuesto a abandonar por ningún atajo ni promesa (por eso rechaza con extraordinario vigor las tentaciones que el demonio le pone en el desierto, que no son sino escamoteos de la cruz: cf. Mt 4, 1-11). Esto muestra que Jesús es un hombre lleno de esperanza, de convicción, de seguridad, y, por tanto, de profundo equilibrio emotivo e incluso sexual, pues la inmensa mayoría de los desórdenes de la sexualidad nacen como rutas (falsas) de escape cuando no se sabe enfrentar o manejar algún dolor.

Paralelamente, Jesús tiene un clarísimo, intenso y convencido sentido de la vida y de su misión, como afirma con vehemencia ante Pilatos —Jn 18, 37—: “Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad”. Hoy se diría que es una persona sublimemente *asertiva*. Esto lo inmuniza de toda forma de neurosis (y, en consecuencia, de cualquier conflicto afectivo y sexual, que son manifestaciones neuróticas pasajeras o permanentes).

Menos aún se observan en Él rasgos psicológicos añadados o infantiles (inmaduros). Sus imágenes y parábolas son extraordinariamente sencillas, pero de ningún modo pueriles. Jesús es una persona que recurre a numerosos símbolos, pero éstos no manifiestan conflictos irresueltos, ni ideas obsesivas, ni miedos insuperados, ni fracasos sin digerir. No se ve en su personalidad rasgos del joven idealista pero inmaduro e inexperto. Jesús tiene una clara identificación de su ideal, que es el establecimiento de su Reino; pero no manifiesta entusiasmos imberbes, ni visiones utópicas; y cuando a su alrededor todos gritan y exultan pensando que está por inaugurar su reinado terreno, Él llora solo la caída de Jerusalén porque sabe que tal reino se ha de levantar sobre su rechazo y su muerte de parte de los suyos: “la multitud de los

³³ Cf. Frankl, Viktor, *Logoterapia y análisis existencial*, Barcelona (1990), 158.

³⁴ Frankl, Viktor, *La voluntad de sentido*, Barcelona (1983), 15.

discípulos, llenos de alegría, se pusieron a alabar a Dios a grandes voces, por todos los milagros que habían visto (...) Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella” (Lc 19, 37.41).

Es acabadamente realista. Siempre sabe y predica que el triunfo pasa por la cruz, el dolor y la muerte, a las que seguirá la resurrección (cf. Jn 12, 24: “si el grano de trigo no muere, no da fruto”). Actúa como un hombre de enorme experiencia, a pesar de su juventud. No se engaña sobre los corazones (Jn 2, 25: “No tenía necesidad de que se le diera testimonio acerca de los hombres, pues Él conocía lo que hay en el hombre”); es prudente, conoce los tiempos de cada hombre (Jn 13, 7: “Jesús respondió a Pedro: lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: lo comprenderás más tarde”).

Tampoco encontramos en su personalidad una índole decrepita, avejentada: no es un hombre pesimista, sin esperanza, repetitivo o fijado en determinados temas (como vemos en muchos hombres de mentalidad envejecida); no le molestan las muchedumbres, ni los niños (cf. Mt 19, 14), ni se impacienta ante la inexperiencia de sus discípulos. Todo esto manifiesta su equilibrio psíquico y afectivo, y también es señal de la armonía que reinaba en sus demás dimensiones, incluida la instintiva.

Un rasgo que distingue los hombres afectivamente equilibrados de quienes no lo son, es el humor. Algunos, entre los que se incluye diablo, pueden ser irónicos y sardónicos, pero desconocen el verdadero gracejo. En su ensayo sobre *Tiberio*, Marañón recuerda que el humorismo se convierte, para muchos, en patente de corso para crucificar, entre sonrisas, las cosas, las personas o los símbolos que imaginamos que nos han hecho un mal; es decir, puede ser la disfrazada punta de lanza de un resentimiento.

Jesús manifiesta varios rasgos de sano humor, que en Él nace de la profunda alegría que a menudo le desbordaba del alma. Era un hombre alegre (Lc 10, 21: “se llenó de gozo”) que sabía participar de la alegría ajena (acudiendo a bodas y banquetes, como los que les brindan Mateo, Simón el fariseo, Marta y sus hermanos, etc.) y desea que los demás se hagan partícipes de su propio gozo (Jn 15, 11: [quiero] “que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea pleno”). Su humor es delicado como se advierte en el diálogo que mantiene con Felipe antes de la multiplicación de los panes, invitando a sus

paupérrimos discípulos a dar de comer a una ingente multitud (cf. Jn 6, 5-6), o cuando caminando sobre las aguas del lago, en medio de una tormenta que casi hace zozobrar la barca de sus apóstoles, amaga pasar de largo dejándolos perplejos y más asustados que antes (cf. Mc 6, 48). Es cierto que no conocemos muchos rasgos del humor de Jesús; pero de sus otras cualidades es fácil deducir que no sería ni mundano, ni sensual, ni chabacano, ni chocarrero, ni pícaro, ni desvergonzado, como el de quienes, careciendo de verdadera gracia e ingenio, recurren a la agudeza frívola o a la complicidad de las pasiones impúdicas. Tampoco sería un humor hiriente, ni resentido, ni ofensivo, ni humillante. El humor del Señor tiene que haber sido respetuoso y medido. Usaba, sí, la ironía, como al preguntar a sus enemigos: “Os he mostrado muchas obras buenas que vienen del Padre; ¿por cuál de ellas queréis apedrearme?” (Jn 10, 32); y a la exageración hablando de camellos que intentan entrar por minúsculos orificios, vigas metidas en los ojos, o cuidadores de cerdos que alimentan sus animales con perlas.

Acepto plenamente las reflexiones con que Chesterton cierra su *Ortodoxia*: “La alegría, que fue la pequeña publicidad del pagano, es el secreto gigantesco del cristiano. Y al cerrar este volumen caótico, vuelvo a abrir el extraño librito del que vino todo el cristianismo; y nuevamente me asalta una especie de confirmación. La figura tremenda que llena los evangelios, descuella respecto a esto, y a todo lo demás, por encima de todos los pensadores que se creyeron grandes. Su afecto fue natural; casi despreocupado. Los estoicos antiguos y modernos se enorgullecieron de ocultar sus lágrimas. Él nunca las escondió; las mostró abiertamente en su rostro accesible a todas las miradas cotidianas, así como a la lejana mirada de su ciudad natal. No obstante, escondía algo. Los superhombres y los diplomáticos imperiales han presumido de contener su ira. Él nunca refrenó su ira. Derribó las mesas de la escalinata del Templo y preguntó a los hombres cómo esperaban librarse de la condenación eterna. No obstante Él algo reprimía. Lo digo con reverencia; en esa personalidad apabullante había un rasgo que debe ser llamado timidez. Hubo en Él algo que escondió a todos los hombres cuando subía a orar en la montaña. Había algo que constantemente ocultaba con un silencio repentino, o con un impetuoso aislamiento. Cuando caminaba sobre nuestra tierra, había en Él algo demasiado grande

para que Dios nos lo mostrara; y a veces me inclino a pensar que era su alegría”.

V. Jesús y el amor oblativo de amistad

La diferencia entre una pera verde y otra madura es que la primera es indigestible y que la segunda se puede comer. Análogamente, el hombre inmaduro es el que no puede aún salir de las fronteras que la marcado su ego, es decir, no está en condiciones de *darse*; el maduro puede, en cambio, entregarse sin reservas, porque verdaderamente se posee a sí mismo. El hombre maduro puede morir a sí mismo —y lo hace— para darse a una causa, a un ideal o a una persona. De ahí que la culminación del desarrollo afectivo se ponga de manifiesto en la capacidad de amistad y de oblación de sí mismo. El amor de amistad es la forma más acabada del amor; es el amor que establece lazos afectivos y espirituales recíprocos, a modo de una “circulación” del amor. El amigo es capaz de dar amor y de recibirlo, y, sobre todo, de amar al amigo por sí mismo y no por el gusto o beneficio que pueda obtener de su compañía o de su presencia. Pero aún entre los amigos hay escalas: el grado más bajo lo ocupan los sólo que pueden responder con amor al amor que reciben; el más alto, en cambio, corresponde a los que son capaces de amar sin necesitar que primero los amen, o incluso arriesgándose a que quizá nunca les paguen con amor el amor que han brindado.

Jesús fue un gran amigo; es decir, una persona con enorme capacidad de amistad. Pero su amistad fue la más alta; la que da aunque no reciba.

La amistad también tiene otros matices. Hay un amor de amistad que une a iguales que no son consanguíneos; hay un amor de amistad entre hermanos; hay un amor de amistad conyugal (Santo Tomás define el matrimonio como especialísima forma de amistad³⁵); hay una amistad propia entre el maestro y el discípulo; y hay, finalmente, una amistad especial entre el padre —o la madre— y el hijo.

El modo de amistad que observamos entre Cristo y sus discípulos se asemeja a este último. En efecto, Pedro, Juan y Santiago son

³⁵ Cf. Santo Tomás, *Suma Contra Gétiles*, III, 123.

amigos entre sí y también son amigos de Jesús. Pero estos vínculos no son iguales. El primero es amistad *inter pares*, el segundo, de filiación. Y eso a pesar de que Jesús debía ser, probablemente, más joven que varios de sus discípulos. Hay notas en el trato entre Jesús y ellos que avalan esta caracterización. Jesús trata a sus discípulos, y especialmente a quienes elige como apóstoles, como un padre: los educa, instruye, defiende, alienta, corrige, reta, levanta de la postración; los lleva hacia el Padre celestial; les da alas para que vuelen por sí solos; ejerce con ellos una delicada providencia. Los discípulos, a su vez, brindan a Nuestro Señor admiración, respeto, reverencia (Lc 5, 8: “Simón Pedro, cayó a las rodillas de Jesús, diciendo: Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador”), confianza y necesidad (Jn 6, 68: “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna”). Son amigos, pero como un padre lo es con sus hijos muy queridos.

Y el amor de amistad paternal lleva, como propio, una *cierta soledad* del alma. En realidad, todo ser humano tiene una dimensión incomunicable en su alma que sólo Dios puede penetrar. Pero en nadie como en un padre se nota esto; especialmente en los momentos de dolor, en que el padre, para no apesadumbrar a los hijos, no les comunica todo lo que sufre. Los hijos querrían que el padre descargue en ellos su pesar; pero éste, por su mismo amor de padre, se siente obligado a ahorrarles ese peso.

En nadie como en Jesús se percibe esa “soledad del corazón” estando rodeado de los hombres. Incluso en los momentos de mayor sentimiento, Jesús, en cierto modo, continúa a solas con Dios Padre. Se nota en la Última Cena, cuando los gestos y palabras de Cristo, cargadísimos de emoción, no encuentran el eco adecuado entre los suyos; hasta Juan, que come recostado sobre su pecho, queda ajeno a las profundidades en que vive el Señor. Y la brecha se ahonda más en Getsemaní: “Pedro, ¿no has podido velar conmigo ni una hora?”

Esto no impide, sin embargo, que entre estos corazones se establezca un intenso lazo. Jesús no sólo era plena sino perfectamente humano; y esa perfección hace que su capacidad de amistad sea desbordante para sus amigos: les da más de lo que pueden recibir. En cambio, la de ellos para con Él nunca puede colmar su Corazón. Es una amistad que da infinitamente más de cuanto recibe, aunque quiera y acepte esa circulación desigual.

Esto se trasluce en el trato con los apóstoles. A pesar de la desproporción entre Jesús y sus amigos, Él siempre se abaja hacia ellos. Reconoce las cualidades y méritos personales de cada uno; por eso elige a Pedro como cabeza de los demás a causa de la sinceridad y generosidad del amor del curtido pescador, pero privilegia a Juan (*el discípulo que Jesús amaba*) con una intimidad especial debida, quizá, a la inocencia de su edad, y designa a Judas administrador del dinero común porque era hábil para los negocios terrenos. Conoce también el estado de cada corazón: “Vosotros estáis limpios, aunque no todos” (Jn 13, 10). Pero no ignora los límites y defectos de cada uno, sus puntos débiles, sus flaquezas y sus carencias. “Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que lo iba a entregar” (Jn 6, 64). A veces, incluso, se los predice: “Todos vosotros vais a escandalizaros de mí esta noche” (Mt 26, 31). Así y todo, nunca los rechaza tras haberle fallado; antes bien, les toca el corazón para invitarlos a volver, como a Pedro con una simple pero sentida mirada en el patio de Caifás: “El Señor se volvió y miró a Pedro, y éste recordó las palabras del Señor, cuando le dijo: «Antes que cante hoy el gallo, me habrás negado tres veces». Y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente” (Lc 22, 61-62). El mismo reproche dirigido a Judas en el Huerto de los Olivos, trasunta más dolor por su extravío que por la traición de la que él está siendo objeto: “Jesús le dijo: «¡Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre!»” (Lc 22, 48).

Jesús establece un orden en su amistad, porque el amor auténtico es también ordenado³⁶. Aunque ame a todos sus amigos, no los ama a todos por igual. Elegir siempre implica jerarquizar, y el amor de caridad es amor de *predilección*. Al elegir a los Doce, manifiesta una preferencia por estos respecto de los demás discípulos. Incluso entre los apóstoles privilegia a Pedro, Santiago y Juan, haciéndolos testigos de especiales experiencias espirituales (algunos milagros, su transfiguración, su agonía en Getsemaní). Pero su amor no es

³⁶ “Es conveniente que entre las cosas amadas por caridad haya algún orden según su relación con el principio primero de ese amor, que es Dios” (Santo Tomás, Suma Teológica, II-II, 26, 1).

absorbente ni se traduce en favoritismos; si permite a Juan recostarse en su pecho y le responde preguntas que ningún otro escucha (revelándole quién es el traidor: cf. Jn 13, 24), no lo deja, sin embargo, como su vicario en la tierra, sino a Pedro, *el que lo había negado tres veces*.

Jesús no se muestra celoso con sus discípulos, no es sobreprotector, ni entrometido, ni controlador. Ante la incompreensión reacciona dolorido pero con magnanimidad (“ellos nada de esto comprendieron; estas palabras les quedaban ocultas y no entendían lo que decía”: Lc 18, 34). Es perdonador, no se resiente ante el abandono, ni ante la negación, y durante las apariciones, ya resucitado, jamás alude a la ingratitud, ni la infidelidad mostrada durante la Pasión por sus flojos amigos.

La madurez de la afectividad de Jesús resalta como una estrella intensa en la noche oscura, en la actitud más plena que puede ofrecer un hombre extraordinariamente maduro: *la capacidad de amar sin ser correspondido*; y más todavía: *el amar siendo odiado*. El Antiguo Testamento consideraba digno de elogio a quien amaba a los suyos y odiaba a los enemigos. La venganza del enemigo no era vista como una falta; más bien parecía lo “normal”, lo *normativo*: “ojo por ojo, diente por diente” (Ex 21, 24). El Levítico mandaba: “No te vengarás ni guardarás rencor contra los hijos de tu pueblo” (Lv 19, 18); parecía indicar que no era necesario aplicar la misma medida con los extranjeros y menos con los enemigos. Jesús conoce este modo de pensar pero supera deliberadamente esta limitación de la Ley citando una idea comúnmente admitida entre sus paisanos: “Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos” (Mt 5, 43-45). E incluso va más allá: “Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odien, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difamen” (Lc 6, 27-28). Amar, hacer el bien, bendecir y rogar. Y no se quedó en palabras: “Llegados al lugar llamado Calvario, lo crucificaron junto a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»” (Lc 23, 33-34). San Pablo expresa esta plenitud y madurez

del amor de Cristo recordándonos: “Siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros (...) Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rm 5, 8-10).

Nadie amó como Él.

VI. Conclusiones

En las páginas que anteceden hemos señalado muchos elementos que revelan la “salud” de la afectividad de Jesús y que, en consecuencia, manifiestan su equilibrio sentimental, pasional y, si se nos permite, también sexual; es decir, revelan su *perfecta castidad*. Esos elementos pueden distinguirse en signos directos e indirectos de su cordura.

Son signos directos de su armónica personalidad:

- Su templanza y mortificación: ayuna 40 días y 40 noches en el desierto; pasa noches enteras en oración o, por lo menos, gran parte de la noche; no tenía donde reclinar la cabeza, es un caminante extraordinario, resiste, sin queja alguna, la sed, el sol, la fatiga, las impertinencias de quienes lo rodean, etc.
- El equilibrio orgánico y la vida sana que se deriva de su gran resistencia física.
- La enorme prudencia, perfecta justicia y grandísimo coraje que lo caracterizaron; virtudes, éstas, que postulan una excelencia análoga en las demás virtudes morales (puesto que crecen juntas en perfección), y señaladamente en la castidad.
- El sobrado realismo con que juzga el pecado, la debilidad ajena, la situación de los hombres y del mundo, las cualidades y los límites de cada persona, etc.
- Su gran sentido de la vida, y la claridad de conciencia respecto de la finalidad última de todas las cosas.
- Los criterios sobrenaturales por lo que se guiaba (como podemos ver, resumidamente, en el Sermón de la montaña).
- La convicción de su personalidad.
- La capacidad para captar la belleza de la naturaleza, la inocencia de los niños, el honor del matrimonio, la dignidad de la mujer, etc.

Son signos indirectos de su equilibrio la ausencia de las perturbaciones y de los vicios que suelen acompañar los caracteres

con desórdenes afectivos y/o sexuales. Concretamente, vemos que en Jesús:

- No hay miedos perturbadores. Por el contrario, tiene una enorme confianza (Mt 10, 28: “no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma”; 17, 7: “no tengáis miedo”).
- No tiene ideas depresivas.
- No manifiesta lagunas afectivas y menos que todo, carencias paternas.
- No revela incomprensiones respecto del mal o del sufrimiento.
- No denota complejos de inferioridad.
- No presenta obsesiones.
- No tiene una base temperamental nerviosa, tensionada, ansiosa ni ciclotímica.
- No expresa una concepción de la vida hedonista, sensual o materialista.
- No alimenta blanduras, molicie, pereza, ni sensualidad.
- No padece gula o falta de sobriedad (vicios que a menudo desencadenan trastornos afectivos y sexuales).
- No sufre odios, resentimientos, antipatías, acritudes, ojerizas, iras, etc.
- No nutre orgullo alguno (vicio que suele acarrear, como castigo, la caída en la impureza).
- No sostiene doctrinas erróneas sobre la sexualidad.

En conclusión: en Jesús de Nazaret, tal como nos lo descubren los Evangelios, vemos una persona con condiciones de perfecto equilibrio psicosexual y madurez afectiva. Tan perfecto que es capaz de desafiar a sus adversarios circunstantes: “¿Quién de vosotros puede probar que soy pecador?” (Jn 8, 46). Por eso San Pablo hace equivaler el *estado de hombre perfecto*, con la *madurez de la plenitud de Cristo* (cf. Ef 4, 13).

Sólo un hombre así puede ser nuestro modelo y guiarnos sin titubeos por el difícil camino de la madurez humana. Porque en el misterio de Cristo se conjuga su acabada perfección y su cercana

humanidad. Y por eso Él mismo insiste en ser seguido: “os he dado ejemplo para que hagáis lo mismo que yo he hecho” (Jn 13, 15). También sus apóstoles han insistido en este punto, como Pedro al proclamar que Jesús nos ha precedido “para que sigamos sus pisadas” (1Pe 2, 21).

En este sentido debemos tomar como programa aquellas palabras del autor de la carta a los Hebreos: “poniendo los ojos... en Jesús... consideradlo atentamente” (Hb 12,2-3).